En el camino hacia la interpretación en el análisis de niños[1]

Alicia Sirota

Síntomas motivo de la consulta, síntomas en la transferencia, síntomas del analista... interpretación: un ciclo que se da en todos los análisis de todas las edades, pero que tal vez adquiera determinada especificidad en el análisis de niños.

Por un lado el analista se vincula con los padres, portadores de la persona misma del niño, del motivo de la consulta y sostenedores responsables del tratamiento. Por otro lado, con el niño, psiquismo en constitución, en relación con una actividad tan especial como el jugar.

En la zona de superposición de estos dos encuentros el analista se debate consigo mismo tratando de develar la verdad de lo que le ocurre al niño.

Si interpretar caracteriza al análisis, en cuanto pone en evidencia el sentido latente de un material y la interpretación comunicada al paciente se considera el paradigma del modo de acción del analista, ¿qué ocurre con esta función respecto al interjuego de los términos que otorgan su estructura peculiar al campo y al proceso en psicoanálisis de niños?

Si ser analista importa el deseo de interpretar, ¿cuáles serán las vicisitudes de su tensión, de su disconformidad, de su desazón en el análisis de niños, hasta que el advenimiento de la interpretación lo alivie?

---

[1] Una versión abreviada de este trabajo fue presentada en las Terceras Jornadas del Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA (agosto de 1997) con el título "Síntomas en el camino hacia la interpretación en el análisis de niños".

Relato a continuación una viñeta clínica.

ANALIA (8 AÑOS)

Sus padres consultaron porque se despertaba por las noches aterrorizada, dando gritos que despertaban "hasta a los vecinos" y entraba al dormitorio de los padres en cuya cama permanecía hasta la mañana.

Era en general miedosa, cualquier ruido más o menos fuerte la aterrorizaba y al preguntarle si jugaba, los padres contestaron que algo, muy poco, a "luchas corporales" con el hermano menor que había nacido a los tres años de Analía. Era muy difícil "despegarla" de la televisión.

Me encontré con una nena muy menuda, agraciada, pero sumamente ojerosa y demacrada.

A la manera de un adulto hizo un relato muy detallado de sus terrores nocturnos y de las defensas que había desarrollado.

Por las noches imaginaba que había encerrado sus sueños en quince cofrecitos, cada uno con su número, algunos con sueños buenos y otros con sueños malos; cada noche cambiaba la numeración y "hacía fuerza" para que sólo salieran los sueños buenos, pero se confundía, eso le estaba "fallando".

Al relatarme cómo irrumpía en el dormitorio de los padres y permanecía en la cama entre ellos, le hice una interpretación acerca de que sus miedos se habían acrecentado desde el nacimiento del hermano, era posible que ella no quisiera que sus padres tuvieran más hijos y que por eso se veía necesitada de controlarlos como a los cofrecitos.

En la primera versión de este trabajo al referirme a esta intervención había puesto "comentario interpretativo" en vez de interpretación. Retrospectivamente considero que fue la actitud de cautela y cierto temor en relación a mi primera intervención lo que quizá hizo que "envolviera" la noción de interpretación con la de comentario. Pero entiendo que fue en rigor una interpretación que al descolocar a la pacientita del contenido manifiesto y llevarla al latente, chocó con sus resistencias que, como se verá, se basaban en defensas firmemente organizadas y estructuradas, que el efecto de la interpretación puso de manifiesto.

Reaccionó con intensa ira y llorosa me dijo que su madre le

había prometido que no iba a tener más hijos, que sólo me había pedido ayuda y que yo le decía "cualquier cosa" y que se lo iba a contar a su madre, cosa que efectivamente hizo.

La madre me habló por teléfono. Analía "había salido pésimamente de la sesión" y ella quería saber qué le había dicho yo (tampoco ella parecía tolerar la exclusión).

De manera que quedé colocada en el lugar de una nena entrometida y severamente censurada por la pareja de la madre y la hija.

En las sesiones siguientes Analía insistió en tono exaltado en explicarme mejor el asunto de los cofrecitos, tal vez yo no había entendido bien y comenzó a dibujar algo alusivo en el pizarrón.

Le propuse que no hablara más del tema, que eso no parecía hacerle bien y que juntas miráramos el contenido de la caja, cosa que no había hecho hasta el momento.

Creo que en la construcción de esta intervención tuve en cuenta el rechazo que le había provocado la interpretación verbal; la niña se angustiaba mucho cuando hablaba de sus problemas nocturnos en relación con su intensa erotización que la mantenía alerta e insomne.

Considero que lo que contribuyó a que la niña aceptara esta intervención fue el que me presentara como alguien que pensaba en lo que le hacía bien y en lo que no y en la propuesta de mirar la caja juntas, de acompañarla de alguna manera haciendo pareja con ella, alejando la situación y los sentimientos de exclusión vinculados a la escena primaria.

También tuve en cuenta la introducción de Analía en el mundo del juego, al cual no había tenido hasta el momento verdadero acceso.

A partir de esta intervención, comenzó a interesarse por los juguetes y desarrolló juegos de ficción con creciente riqueza imaginativa, en los que siempre me adjudicaba algún rol, dentro de los cuales se repetían las figuras de la empleada ladrona o de la mala alumna severamente castigada.

Rechazaba cualquier comentario verbal directo que tuviera que ver con lo que a ella le podía pasar, salvo los "tapizados" con la envoltura lúdica.

Al encontrarme limitada de expresar espontáneamente lo que se me ocurría, pensé que yo misma me había transformado en una persona "misteriosa".

Lo de "misteriosa" había sido una de las descripciones de los padres respecto a Analía, no se sabía qué pensaba, qué sentía, qué opinaba.

Las identificaciones parecían caer sobre mí, primero la "nena entrometida", luego "la misteriosa". En Analía era especialmente fuerte la defensa de identificación con el agresor.

La actividad del juego en sí le trajo un muy importante alivio. Había noches que dormía sin despertarse; ahora prefería despertar a su papá que se levantaba y la acompañaba hasta su propia cama (indicios de Edipo directo).

Hubo un cambio en la actitud de los padres en relación a los límites y el manejo del drama nocturno, creo que a raíz de las entrevistas en que se trató el asunto.

Analía había mejorado físicamente, tenía otro color, disfrutaba del juego en las sesiones.

En la última sesión antes de las vacaciones de verano (habían transcurrido seis meses de tratamiento), intentó llevarse un dibujo como "recuerdo para cuando termine el análisis", hecho que dijo había pasado en el tratamiento de su hermana mayor.

La idea de interrupción del tratamiento que me transmitió se vio confirmada cuando el día del reinicio no quiso volver al análisis, pero pidió a sus padres que vinieran en su lugar. Igual, dijo, en las sesiones solamente jugábamos y yo le decía muy pocas cosas (fue su pedido encubierto de interpretaciones).

Sus padres entretanto concurrieron a algunas entrevistas y pudieron ponerle un límite muy preciso en cuanto a "lo indiscutible" de su concurrencia al tratamiento; creo que elaboraron algunas ambivalencias respecto a mí y pudieron mostrarse unidos en relación a su hija.

Ella volvió avergonzada y temerosa, organizando un cliché de sesiones que dividía en dos partes: en la primera me contaba algo de su vida fuera del consultorio, permitiendo y deseando que le dijera algo de tipo interpretativo; en la segunda parte de la sesión jugaba y no me permitía decir nada que no fuera desde adentro de la trama del juego, que tenía fuertes características de ensoñación o sueño diurno, se transportaba a "otro mundo".

Pero mantuvo sus intentos de interrumpir el tratamiento cada vez que por causa de ella o mía debíamos suspender las sesiones por breves lapsos. Esto ocurrió en tres ocasiones después de la interrupción por vacaciones de verano.

A todo esto, en el mes de octubre del mismo año se agregó un hecho llamativo: nuevamente no quiso venir más, de forma repentina.

Finalmente, después de faltar a una sesión aceptó venir, pero con los padres.

En el ínterin recordé que en la última sesión se había adelantado a su hora y vio salir del consultorio de niños a una pequeña niña de cuatro años, llamativamente rubia. Recordé, "sobrevino" en mí, sin actitud de búsqueda y con especial nitidez su mirada inquisidora sobre alguna marca que había quedado en el pizarrón.

¿Y si esto no me hubiera pasado, si estos datos no me hubieran sido dados?

Siempre me asombra el oportuno advenimiento del dictado del inconciente, esa "otroridad" más allá de mí.

Cuando concurrió acompañada de sus padres pude recordarle este hecho; ella asintió. Pude mostrarle los episodios resistenciales en relación a las circunstancias en que se producían y a través del tiempo.

Justamente habíamos necesitado todo ese tiempo, más de un año, para que dicha repetición se diera y terminara por mostrarse (y mostrarme) más claramente en el mismo ámbito del consultorio.

Me pude referir a sus muy intensos celos en relación a la visualización de la niña rubia y al nacimiento de su hermano menor, también rubio (ella era morocha).

Pudimos volver sobre la primera interpretación de su tratamiento, que tan intensamente había rechazado.

A esta intervención que consideré crucial por mis vivencias y por sus efectos en el proceso, la llamé interpretación *prínceps*.

Analía me escuchó atentamente. Dijo: "puede ser" y recordó interpretaciones mías anteriores acerca de lo que ella sentía y fantaseaba en relación con mis ausencias: "vos me habías dicho que si yo no te veía tenía miedo de que estuvieras con otros chicos y de que los quisieras más a ellos".

Me llamó la atención que necesitara venir con sus padres, pienso que para que ejercieran la función de intermediarios y acompañantes entre mis temidas y deseadas interpretaciones y ella.

Analía había buscado la mejor manera de escucharme.

Desde entonces hasta la terminación de su tratamiento que

duró tres años, no repitió la resistencia descripta en relación a las interrupciones de sesiones. Por supuesto se produjeron otras resistencias, que no alteraron su asistencia.

Antes del último episodio de resistencia en relación a la visión de la pacientita anterior, yo nunca había experimentado el encandilamiento de las manifestaciones de mi propio inconciente: la revelación unida a la nitidez de las imágenes visuales de la salida de sesión de la niña rubia y el registro de la mirada inquisidora de Analía sobre el pizarrón.

Estas imágenes me condujeron a un fuerte sentimiento de certeza sobre la intensidad de sus celos, que no había experimentado antes.

Este episodio, hito en su análisis,facilitó la superación de esta especial resistencia transferencial y la apertura de la escucha de la niña en relación a mis interpretaciones.

Espero haber podido ilustrar el vaivén de mis intervenciones en relación a las manifestaciones de la niña: primera interpretación rechazada; indicación de no hablar, en algún sentido "olvidar" el síntoma motivo de la consulta; invitación al juego, el que se desarrolló como el poder tener buenos sueños en sesión; síntoma resistencial en relación a mis ausencias; ataque de celos en el "aquí, ahora y conmigo"; disposición a la escucha condicionada por acompañamiento de los padres; advenimiento de la interpretación *prínceps*; vuelta a la primera interpretación; resolución del síntoma transferencial resistencial y apertura de la escucha en las sesiones.

Paradojalmente dicha interpretación diluyó lo que el proceso mismo del análisis produjo.

Recién después de dicha interpretación pude sentirme aliviada; pude apreciar cuán constreñida me había sentido en relación con la labor interpretativa, no sólo en relación a las resistencias de la niña respecto a la interpretación verbal, sino también en relación a la actitud de salvaguardar su incipiente actividad lúdica.

Esto último toca una de las cuestiones que necesitan pensarse: el borde tan fino que se establece en el análisis de niños entre la actitud del analista de propiciar y respetar el juego y las resistencias a interpretar.

COMENTARIOS

Durante mucho tiempo estuve ocupada en investigar la relación que el paciente como niño y "monopolizador" del juego y el analista como adulto y "monopolizador" del lenguaje verbal guardan hacia la palabra y el juego respectivamente[2].

Llegué entonces a la conclusión de que las correspondientes transferencias (del niño sobre la palabra y del analista sobre la actividad lúdica) se movilizan e imbrican en el proceso del tratamiento otorgándole el telón de fondo sobre el cual se van a diseñar todas las otras transferencias y contratransferencias propias de un análisis.

Examiné en este contexto, cómo el enfrentamiento entre el lenguaje verbal para el niño y el juego para el analista, pueden resultar factores de coacción, incomprensión e impedimento de la descarga para ambos.

Me pregunté entonces por qué el niño aun después de haber descubierto el lenguaje verbal, incluso teniendo en cuenta la gratificación que resulta de su asimilación, posterga el uso más amplio de la palabra y guarda respecto a ésta, cierta actitud de inapetencia, reserva, ansiedad o desconcierto.

Es que el lenguaje verbal forma parte de la realidad preexistente y actúa como factor de coacción.

Por un lado cada palabra se pronuncia, se lee y se escribe de una manera y no de otra. Por otro lado hay ocasiones en que se puede o se debe hablar y otras en que no se debe y no se puede: "¡Cállate la boca!" o "¿Por qué no abrís la boca?". Todo esto sugiere una similitud con el penoso proceso de aprendizaje del control de esfínteres.

En la acción lúdica el niño pone en juego dichos componentes traumáticos de la asimilación de la palabra; elabora la convención nominativa llamando un mismo objeto con distintas palabras, y viceversa, a distintos objetos con la misma palabra.

Por otro lado, en el camino hacia el pensamiento abstracto que

---

[2] Ver en este sentido el artículo "Especificidades del diálogo en análisis de niños y de...", *Psicoanálisis* (APdeBA), vol. X, nº 2, 1988, que remite a un artículo anterior: "Objeciones del niño al lenguaje verbal. Juego e impacto sobre el analista", *Psicoanálisis* (APdeBA), vol. VI, Nº 1, 1984.

el simbolismo de la palabra exige, el "apuntalamiento" en el juguete susceptible de percepción y manipulación, le es indispensable como punto de apoyo de sus fantasías, y para la elaboración del lenguaje verbal.

Hacia la pubertad, con el progresivo abandono del juego con juguetes, el sueño diurno como espacio de despliegue de la fantasía, adquiere nueva especificidad.

Aún así en la adolescencia, en el pasaje del consultorio de niños al de adultos, se observa que acompañan sus palabras con gestos para darles más fuerza; dan vuelta a la silla giratoria; juegan con algún objeto mientras hablan o suelen pedir elementos gráficos para representar algo.

Estos hechos señalan el costoso recorrido de la asimilación de la imagen visual a la imagen auditiva, la aceptación del lenguaje verbal y del resto de la realidad.

Se me hizo evidente que el analista de niños en relación al juego, reedita sus emociones y vivencias, respecto a la dolorosa adquisición del lenguaje verbal en su infancia.

En este sentido, es característica la parálisis del procesamiento verbal del hecho lúdico en el analista quien, frente al juego del niño dice o se dice: "Hizo una hilera de autitos, puso un elefantito en el camión; esto ¿qué quiere decir?", "No sé, no entiendo".

Entonces, la interpretación verbal aparecía relacionada con un factor de malestar en el análisis de niños, como un factor disruptivo para el niño en relación a la actividad lúdica y para el analista en las condiciones descriptas anteriormente.

Creo que el presente artículo, sin proponérmelo, coloca en un primer plano la interpretación verbal, sin negar a su vez los complejos aspectos conflictivos, que supone el enfrentamiento juego-lenguaje verbal, en relación con el malestar, en el análisis de niños.

En este caso puede apreciarse cómo una interpretación es la que pone en marcha el análisis al producirse el efecto de la resistencia, lo cual promueve todo un circuito en el cual la interpretación se mantiene contenida hasta que la emergencia de la interpretación verbal *prínceps* reinicia el proceso, dentro del marco de la posibilidad de la interpretación verbal en su acepción más acabada.

¿No es ésta, por otra parte, la posibilidad de producción y escucha de la interpretación verbal, una de las metas más especí-

ficas en cuanto a los objetivos a alcanzar en el análisis de niños, en relación al tema de la terminación del análisis?

La primera interpretación al ser un factor de resistencias y malestar, aparece en la línea de los trabajos anteriores, más allá de su cualidad de promotora del proceso.

La interpretación que aparece aquí en su acepción de *prínceps,* como meta y culminación, como factor de resolución, bienestar y alivio para la paciente y la analista, es lo que introduce las reflexiones contenidas en el presente trabajo.

RESUMEN

El presente trabajo resulta (sin proponérselo la autora) en una revalorización de la interpretación verbal en relación a trabajos anteriores que se centraban en la relación entre la adquisición del lenguaje verbal y el juego y el enfrentamiento en la clínica entre estos últimos, entre el analista adulto "monopolizador" del lenguaje verbal y el paciente niño "monopolizador" del juego.

Se plantea el uso de la interpretación verbal como una meta a alcanzar en relación a la terminación del análisis de niños.

Si ser analista importa el deseo de interpretar, ¿cuáles serán las vicisitudes de su tensión, de su disconformidad, de su desazón en el análisis de niños, hasta que el advenimiento de la interpretación lo alivie?

Una viñeta clínica correspondiente a una niña de ocho años con terrores nocturnos y dificultades para jugar, intenta dar cierta base para pensar los avatares que se dieron siguiendo un circuito desde la primera interpretación, que la pacientita rechazó, y a la que pudo volverse a través de otro tipo de intervenciones, desarrollo de la actividad lúdica, formación del síntoma transferencial para advenir la denominada interpretación *prínceps* por las características en las que se gestó y por sus efectos.

SUMMARY

In this article, the author –without having intended it– revaluates verbal interpretation. In previous articles, the author centered her attention in the relationship between play and the acquisition of verbal

language, and in their opposition in clinical work, since the adult analyst "monopolizes" verbal language and the child patient "monopolizes" play.

Verbal interpretation is considered a goal to be reached in relationship to termination of analysis.

If being an analyst implies the desire to make interpretations, which will be then the course of the analyst's tension, dissatisfaction, discomfort in child analysis, until the formulation of the interpretation alleviates these states?

A clinical vignette of an eight years old girl consulting because nightmares and difficulties to play tries to illustrate and support theoretical thinking about that course. Starting from a first interpretation, which the little patient rejected, a circuit evolved and came back to it this happened through transference symptom formation and then through what the author called "the princeps interpretation", because of the circumstances in which it originated, and because of the effects it produced.

RESUME

Ce travail est (sans l'avoir voulu l'auteur) une revalorisation de l'inteprétation verbale par rapport aux antérieurs travaux du même auteur, qui avaient pour objet la relation entre l'acquisition du langage verbale et le jeu, et l'affrontement, en clinique, parmi ces derniers, entre l'analyste adulte "monopolisateur" du langage verbal et le patient enfant "monopolisateur" du jeu.

On discute l'usage de l'interprétation verbale comme un but à atteindre par rapport à la fin de l'analyse d'enfants.

Si le fait d'être analyste suppose le désir d'interpréter, quelles seront les vicissitudes de sa tension, de sa disconformité, de son chagrin dans l'analyse d'enfants, jusqu'à ce que l'arrivée de l'interprétation le soulage?

Une vignette clinique qui correspond à une fille de huit ans avec des terreurs nocturnes et des difficultés pour jouer, essaie de poser les bases pour penser ces avatars qui ont eu lieu suivant un circuit a partir de la première interprétation que la petite patiente a rejetée, et celle à laquelle on a pu y revenir à travers une autre sorte d'interventions, le développement de l'activité ludique, la formation du symptôme transférentiel et l'arrivée a la interprétation *princeps* à cause du contexte dans lequel elle a surgi et de ses effets.

Descriptores: Caso clínico. Interpretación. Psicoanálisis de niños.

Alicia Sirota
Av. Callao 1175, 13º "A"
1023 Buenos Aires
Argentina